

La otra cara del milagro

Mayo 30, 2021 – Rev. Héctor Hoppe

Hechos 2:22-24, 32-33, 36

Varones israelitas, escuchen mis palabras: Jesús nazareno, que fue el varón que Dios aprobó entre ustedes por las maravillas, prodigios y señales que hizo por medio de él, como ustedes mismos lo saben, ²³ fue entregado conforme al plan determinado y el conocimiento anticipado de Dios, y ustedes lo aprehendieron y lo mataron por medio de hombres inicuos, crucificándolo. ²⁴ Pero Dios lo levantó, liberándolo de los lazos de la muerte, porque era imposible que la muerte lo venciera. ... ³² Pues a este Jesús Dios lo resucitó, y de eso todos nosotros somos testigos. ³³ Y como él fue exaltado por la diestra de Dios, recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo, y ha derramado esto que ahora están viendo y oyendo. ... ³⁶ Sépalo bien todo el pueblo de Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Cristo.

¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- Desde hace muchos siglos, celebra el primer domingo después de Pentecostés la Iglesia Cristiana celebra el día de la Santa Trinidad. El texto elegido para hoy celebra la acción de estas tres personas que obraron –y siguen obrando– para nuestra salvación.
- Pedro da este mensaje después de la resurrección de Jesús, el día que los discípulos –tal vez unos ciento veinte, como cuando se reunieron después de la ascensión (Hechos 1:15)– congregados en Pentecostés recibieron el Espíritu Santo. El gran cambio en los discípulos se debe a que recibieron el poder que Jesús les había prometido para ser sus testigos (Hechos 1:8). Después de la muerte de Jesús, estaban encerrados bajo llave por miedo a sus enemigos, los judíos líderes del pueblo. Pero ahora, por más que algunos de

los líderes piensan que están borrachos, no se dejan intimidar. Pedro, junto con los otros once (v 14), predica con valentía su primer mensaje sobre la muerte y resurrección de Jesús.

- Pedro había sido el primero en confesar tiempo atrás que Jesús era *“el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Mateo 16:16). Y cuando muchos habían abandonado a Jesús, Pedro dijo: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna... y nosotros hemos creído que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Juan 6:68-69). Ahora Pedro, investido del poder del Espíritu Santo, se pone de pie para anunciar abiertamente al pueblo reunido de muchas naciones, y principalmente a sus enemigos, que *“a este Jesús que ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Cristo”* (v 36). Pedro no ahorra palabras en señalar la culpabilidad de quienes lo crucificaron.
- Durante su ministerio Jesús fue conocido por sus milagros. En verdad, porque Jesús mostró poderes extraordinarios para hacer el bien curando, restaurando, resucitando, proveyendo y alterando las cosas naturales –caminando sobre el agua, calmando una tormenta– es que fue muchas veces abrumado por las multitudes que lo buscaban y seguían a todas partes. Pedro señala aquí el propósito de las *“maravillas, prodigios y señales”* que Dios hizo a través de Jesús.
- *La Biblia de la Reforma* explica que estas maravillas, prodigios y señales *“no son solo milagros, son también actos que demuestran que Jesús es el Mesías”* y que, en cierto momento de su ministerio, *“Jesús se retiró para enseñar a sus discípulos en privado y para prepararlos para su muerte y resurrección, su más grande señal”* (LBR, p 1762).
- Los milagros de Jesús, incluido el más grande de todos, su resurrección de la muerte, son, entonces, señales del amor de Dios por nosotros y de su gran poder para vencer incluso al enemigo absoluto de la creación: la muerte.

- Si bien los milagros trajeron calma, salud y bienestar a muchos, tenían un propósito más grande: señalar a Jesús como el Señor y Cristo. Este es el tema del sermón de Pedro.
- No tenemos que ver en Dios **solamente** a aquel que puede alterar para bien nuestra situación diaria, sino ver también que Dios tiene la voluntad y el poder de vencer nuestro enemigo último: la muerte. Así, Pedro nos orienta con su mensaje a ver más allá de lo cotidiano y lo temporal, y apunta nuestros ojos a Dios Padre quien, por medio de su Espíritu Santo, nos hace ver al Hijo que se ofreció a la muerte para lograr el perdón de nuestros pecados. Esto tiene consecuencias eternas.

PARA REFLEXIONAR

1. No es inusual que todos, en algún momento, esperemos que algo milagroso nos saque de una situación abrumadora. ¿Cuántas veces has esperado milagros? ¿Sucedieron? ¿Cambiaron tu vida?
2. En general, hay un gran abismo entre lo que esperamos de Dios y lo que Dios espera de nosotros. Frecuentemente, esperamos más de Dios por las cosas de todos los días, principalmente el alivio de aflicciones que nos perturban, que por las cosas eternas. Pero Dios espera que confiemos en él no solo para lo cotidiano, sino en toda circunstancia. Y, más que nada, espera que confiemos en que al final nos resucitará para vida eterna, así como resucitó a Jesús. Lo temporal y lo eterno conforman nuestra vida. ¿A cuál le dedicas más tiempo y le pones más énfasis?
3. Haber sido traídos a la fe es el gran milagro de Dios donde claramente vemos que no hemos hecho nada para merecerlo. Ese primer milagro de Dios apunta hacia el último milagro: nuestra resurrección de los muertos el día final. Por esos

grandes milagros de Dios, tenemos que estar agradecidos. El primer milagro nos sacó de la condenación de nuestros pecados mediante el perdón obrado por Cristo. El segundo milagro nos pone en la eternidad, para disfrutar nuestra nueva santidad junto a la santidad del Dios trino. ¿Qué significa para tu vida de cada día que tus pecados son perdonados? ¿Cómo cambia tu vida aquí en la tierra el saber que te espera la vida eterna con Dios?

4. En su sermón, Pedro anuncia que todos ellos –los muchos discípulos reunidos ese día de Pentecostés– son testigos de la resurrección de Jesús. Ellos lo vieron, lo oyeron, lo tocaron y hasta lo vieron ascender visiblemente a los cielos. Aquí se fundamenta el propósito de nuestra vida cristiana. Los creyentes, que miles de años después hemos sido traídos a la fe, somos testigos de lo que aprendimos del testimonio de los apóstoles: que Jesús ha resucitado de los muertos, ha vencido la muerte, ha abierto las puertas del cielo. ¿Qué testimonio estás dando a quienes te rodean con tu vida?
5. El Espíritu Santo que los creyentes recibieron en Pentecostés es enviado por Jesús a sus discípulos también hoy. La promesa de Dios de enviar el Espíritu Santo no fue solo para un día especial, sino que se extiende a todas las generaciones. Por medio de ese Espíritu Santo podemos reconocer a Jesús como Señor y Cristo. Él es el Señor de nuestra vida. Él es, en verdad, todo para nosotros: nuestro Salvador, nuestro Rey, nuestro amigo, nuestro intercesor, ¡nuestra conexión con Dios, porque él mismo es Dios! Jesús ha resucitado. Jesús ha sido proclamado Señor de todos por Dios Padre, Jesús nos ha hecho sus testigos. Tú puedes ser el medio por el cual Dios obra el milagro de la fe en las personas que están cerca de ti. ¿Quiénes están a tu alrededor que necesitan tu testimonio?